

delaurbe

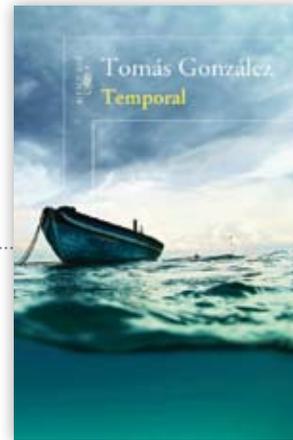
# Periodismo universitario para la **ciudad**

Facultad de Comunicaciones  
Universidad de Antioquia

<http://delaurbe.udea.edu.co/>  
@Delaurbe

Calle 67 No. 53-108. Bloque 12 - 122  
Teléfono: 2195912  
Medellín – Colombia

## *Temporal*: padre admirado, padre odiado



*Temporal*  
Tomás González  
Anagrama  
Bogotá, 2013  
168 p.

La parodia del título de esta reseña se podría justificar si decimos que negocio, admiración (extinguida) y sobre todo odio por el padre es lo que contiene *Temporal*, la última novela del señor Tomás González. A modo de ejemplo, esto es lo que ha experimentado uno de los hijos, Javier, en torno a su emprendedor padre: “La admiración que alguna vez sintió por él —única forma de amor que el viejo al final hizo posible— había desaparecido hacía ya mucho tiempo” (78). Porque si hay algo que caracteriza esta última novela de González es que nos muestra de manera descarnada y sin tapujos lo insoportable que pueden llegar a ser ciertos padres, ciertos patriarcas que consideran que “el aguardiente antioqueño es el mejor” (132), e insoportables por mandones, mujeriegos, déspotas, groseros y mal hablados; características todas ellas propias del padre de *Temporal*.

La historia es simple y sencilla, tan sencilla como la prosa de González y como la estructura de la novela: un padre y sus dos mellizos salen a alta mar a pescar para poder traer la comida marina que servirá para llenar las barrigas de los turistas pobres que llegan a Tolú. Y ya desde el inicio no pinta bien la cosa porque con

respecto a Mario, el otro mellizo, se dice: "A pesar del frío de la hora, Mario iba sin camisa. El calor del rencor hacia su padre le bastaba" (11). Así que mala cosa salir a pescar, en una lancha con un padre que uno odia y al que por ahí derecho se quiere matar. Pero afortunadamente para Mario, con Javier forma una pareja del rencor, una pareja unida sobre la base de ese odio hacia el padre. Y si bien Mario es más parecido al papá en los niveles de la agresividad, Javier es el polo opuesto aunque tampoco es el hermano lambón que simula un falso amor por el padre odiado. No. Su nivel de rencor es igual al de Mario pero su agresividad pareciera estar mejor dirigida o tal vez mejor sublimada, como dirían los psicoanalistas. Entre su inclinación por la lectura y su afición por la marihuana, todo esto le da un aire de hombre tranquilo y sensato. De hecho, es él quien hacia el final toma partido por la salida civilizada en la tragedia que Mario desea para el padre pero que Javier bien sabe abortar.

El relato se intercala con una serie de monólogos de los turistas que podrían ser la parte floja de la novela pero que a la vez son los que hablan de una temática que tal vez no se ha explorado mucho en la literatura colombiana: la que tiene que ver con los estudios de turismo. Habría que empezar por decir que Colombia no es un destino turístico masificado (afortunadamente) y que lo único que tenemos como emblema es el Mónaco colombiano, es decir, Cartagena. O mejor, la ciudad antigua de Cartagena y Bocagrande, porque más allá hay que parar de contar, ya que el resto, es decir, el otro gueto, es como pasar de Mónaco a una favela africana.

Con una mirada aguda y etnográfica, el narrador da cuenta de los monólogos de los turistas, que dicen mucho de ese destino para familias pobres que es Tolú. Esto es lo que dice una resignada hija de vecino: "Yo me llamo Johanna. Vine con Ricardo, mi novio, que había prometido llevarme a Cartagena, pero no le alcanzó la plata para tanto, porque Cartagena es para el jet set, dice él, no hay plata que alcance, y aquí estamos" (83). Y en esa serie de monólogos y de narración omnisciente, la novela nos va dando cuenta de un universo variado pero sobre todo de un universo del odio y del rencor: si bien los turistas llegan a Tolú a conseguir su parte de la felicidad una vez al año (beber aguardiente, fumar marihuana, consumir cocaína, comer pescado, tirarse cual morsas en la playa), el padre los ve como simples niños demandantes a quienes hay que complacer, pero todo ello hecho con desgano. Y no falta el turista que exige con justicia mejores condiciones en un hotel de mala

muerte pero al que *ipso facto* se le muestra la puerta para que se vaya a un mejor lugar (¡a Cartagena!), o el que quiere comprar el hotel y se enfrenta a ese padre antioqueño con ínfulas de negociante, que por supuesto va aumentando el precio del hotel dado el interés (falso) del supuesto comprador. Porque así parece que funcionan los negociantes paisas: el uno quiere vender pero no quiere vender, el otro no quiere comprar pero quiere comprar. Total que las actuaciones de ese padre hecho a sí mismo (esa especie de *self-made man* antioqueño en tierras inhóspitas y despreciadas de la Costa) no logran engañar a los mellizos que toda la vida han tenido que malvivir con él y por eso es que uno de ellos piensa a través de ese narrador omnisciente (*piensa* porque pocas veces hablan, a no ser para insultarse): "Su padre era un pobre diablo que se creía rey" (102).

El mar resulta ser también un escenario interesante para la novela. Si Rulfo tiene su desierto y Rivera su selva, González tiene su mar. Un mar que es una constante en su novelística, según títulos como *Primero estaba el mar* (novela con la cual el autor saltó a la palestra del reconocimiento literario), la colección de poemas *Manglares* o *La luz difícil*. El mar, cómo no, siempre ha fascinado por las buenas y por las malas razones. No en vano Jean Chevalier, en su *Diccionario de los símbolos* (Barcelona: Herder, 1986), dice que el mar simboliza "una situación de ambivalencia que es la de la incertidumbre, de la duda, de la indecisión y que puede concluirse bien o mal. De ahí que el mar sea a la vez imagen de la vida y de la muerte" (689). Esto se cumple perfectamente en la novela, ya que allí se juega con una tensión constante en torno a una muerte, a una tragedia familiar, a una situación límite. Y se podría decir que en la novelística de González ese principio y ese fin bíblicos se configuran parcialmente con dos de sus novelas: la ya mencionada *Primero estaba el mar* y ahora *Temporal*, donde el mar huele y sabe a muerte (aunque para los ingenuos turistas todavía sepa a bellos atardeceres). Y la muerte en *Temporal* es una muerte que se cierne de principio a fin, que se repite incesantemente. La última afirmación de la novela es más que significativa y alude precisamente a esa agobiante sensación del eterno retorno: "Fugaces en su eternidad, como todo lo demás, son las tormentas" (147). Y ya se sabe que después de la tormenta siempre llegan otras tormentas.■

Wilson Orozco (Colombia)